

LECTURAS PARA CLASE

Las imágenes en nuestra mente

Lippmann, Walter (1922). Public Opinion. Reedición de 1997 de Free Press
Paperbacks. Simon & Schuster. New York.

(Falta precisar el capítulo y las páginas)

Traducción libre (abreviada) de Miguel Ángel Sánchez de Armas*

La alegoría de la caverna

Sócrates: ...En una caverna subterránea, con una entrada tan grande como la caverna toda, abierta hacia la luz, imagina hombres que se hallan ahí desde que eran niños, con cepos en el cuello y en las piernas, sin poder moverse ni mirar en otra dirección sino hacia delante, impedidos de volver la cabeza a causa de las cadenas. Y lejos y en alto, detrás de sus espaldas arde una luz de fuego, y en el espacio intermedio entre el fuego y los prisioneros, asciende un camino, a lo largo del cual se levanta un muro, a modo de los reparos colocados entre los titiriteros y los espectadores, sobre los que ellos exhiben sus habilidades.

Glaucón: Me lo imagino perfectamente.

* Las traducciones al español del famoso artículo de Lippmann que revisé presentan errores de interpretación derivados del desconocimiento de las frases idiomáticas del inglés en el contexto de 1922. Adicionalmente, Lippmann cita ejemplos que hoy son oscuros cuando no incomprensibles para el público hispano: autores, personajes, hechos y dichos de la entreguerra en Estados Unidos. Por esta razón decidí eliminar ejemplos, salvo los más genéricos, y conservar la propuesta teórica. La traducción sigue a la de Natalio Steconi en *La opinión pública*, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1964. La de *La alegoría de la caverna* sigue a R. Mondolfo.

Sócrates: Contempla a lo largo del muro hombres que llevan diversos vasos que sobresalen sobre el nivel del muro, estatuas y otras figuras animales en piedra o madera y artículos fabricados de todas las especies... ¿crees que los prisioneros puedan ver alguna otra cosa, de sí mismos y de los otros, sino la sombra proyectada por el fuego sobre la pared de la caverna que está delante de ellos? ...¿y también de la misma manera respecto a los objetos llevados a lo largo del mundo? Y si pudieran hablar entre ellos, ¿no crees que opinarían de poder hablar de estas [sombras] que ven como si fueran objetos reales presentes? ...Y cuando uno de ellos fuese liberado, y obligado a alzarse repentinamente, y girar el cuello y caminar, y mirar hacia la luz... ¿no sentiría dolor en los ojos, y huiría, volviéndose a las sombras que puede mirar, y no creería que éstas son más claras que los objetos que le hubieran mostrado?... Y si alguien lo arrastrase a la fuerza por la espesa y ardua salida y no lo dejase antes de haberlo llevado a la luz del sol, ¿no se quejaría y se irritaría de ser arrastrado, y después, llevado a la luz y con los ojos deslumbrados, podría ver siquiera una de las cosas verdaderas?

Glaucón: No, ciertamente, en el primer instante.

Sócrates: Sería necesario que se habituase a mirar los objetos de allá arriba. Y al principio vería más fácilmente las sombras, y después, las imágenes de los hombres reflejadas en el agua y, después, los cuerpos mismos; en seguida, los cuerpos del cielo, y al mismo cielo le sería más fácil mirarlo de noche ...y, por último, creo, el mismo Sol... por sí mismo, ...Después de eso, recién comprendería que el Sol... regula todas las cosas en la región visible y es causa también, en cierta manera, de todas aquellas [sombras] que ellos veían... Pues bien, recordando la morada anterior, ¿no crees que él se felicite del cambio y experimente conmiseración por la suerte de los otros?... Y considera aún lo siguiente: si volviendo a descender ocupase de nuevo el mismo puesto ¿no tendría los ojos llenos de tinieblas, al venir inmediatamente del Sol?... Y si tuviese que competir nuevamente con los que habían permanecido en los cepos, para

distinguir esas sombras, ¿no causaría risa y haría decir a los demás que la ascensión, deslumbrándolo, le había gastado los ojos?... Pero si alguno tuviese inteligencia... recordaría que las perturbaciones en los ojos son de dos especies y provienen de dos causas: el pasaje de la luz a las tinieblas y de las tinieblas a la luz. Y pensando que lo mismo sucede también para el alma... indagaría si, viniendo de vidas más luminosas, se encuentra oscurecida por la falta de hábito a la oscuridad, o bien si, llegando de mayor ignorancia a una mayor luz, está deslumbrada por el excesivo fulgor.

La República. Platón. Libro VII, 1-3, 513-18.

1

Hay una isla donde en 1914 vivían algunos ingleses, franceses y alemanes. No había comunicación por cable submarino y un carguero inglés arribaba cada dos meses. En septiembre de aquel año no había llegado y los isleños aun comentaban el último periódico con noticias del próximo juicio de la señora Caillaux, la asesina de Gastón Calmett. Así que a mediados de mes la colonia entera esperaba en el muelle para oír de boca del capitán cuál había sido el veredicto. En cambio supieron que desde hacía más de seis semanas, quienes eran ingleses y franceses estaban en guerra con aquellos de origen alemán. Durante seis extrañas semanas se habían comportado como amigos, cuando en realidad eran enemigos.

Su problema no era tan diferente al de la mayoría de los europeos. Para ellos el error había durado seis semanas: en el continente, el intervalo fue quizá tan sólo de seis días, o de seis horas. Hubo un periodo durante el cual la imagen de Europa que enmarcaba la vida cotidiana no se correspondía para nada con la de la Europa que estaba por llevar el caos a sus vidas (...) A lo ancho del mundo y hasta fechas tan tardías como el 25 de julio, los hombres seguían fabricando

mercancías que ya no podrían exportar, compraban otras que les sería imposible importar, proyectaban estudios, consideraban negocios, vivían esperanzados y a la expectativa, siempre en la creencia de que el mundo que conocían era el mundo real (...) y escribían libros sobre él. Pasados más de cuatro años, un jueves por la mañana, llegó la noticia del armisticio, y la gente pudo por fin manifestar [su] alivio al saber que la masacre había terminado, pese a lo cual (...) murieron aún miles de jóvenes en los campos de batalla.

En retrospectiva vemos cuán indirecto es nuestro conocimiento del ambiente en el que vivimos. Las noticias nos llegan a veces con rapidez, otras veces con lentitud, pero tomamos lo que creemos es la imagen verdadera por el ambiente auténtico. Resulta más difícil aplicar esto a las creencias que modulan nuestra conducta, pero en lo que se refiere a otros pueblos y al pasado, creemos que es fácil saber cuándo se tomaba absolutamente en serio lo que sólo eran imágenes ridículas del mundo. Gracias a nuestra visión *a posteriori*, insistimos en que el mundo, tal como deberían haberlo conocido esos pueblos, y el mundo tal como en efecto lo conocieron, fueron a menudo dos cosas completamente contradictorias. Vemos también que, mientras gobernaban y luchaban, mientras comerciaban y pretendían reformar el mundo que imaginaban, obtenían o no resultados (...): salieron en busca de las Indias y descubrieron América; - descubrieron al Diablo y quemaron ancianas; creyeron que podrían enriquecerse vendiendo siempre sin comprar nunca (...).

2

Incluso durante su vida, los grandes hombres son conocidos por el público a través de una personalidad ficticia. De ahí el grano de verdad en el dicho: "Ningún hombre es un héroe para su valet" (...) Las biografías de grandes personajes caben más o menos en estos dos apartados. El biógrafo oficial reproduce la vida pública, las memorias revelan la otra. El Lincoln de Charnwood, por ejemplo, es un retrato lleno de nobleza, no de un ser humano real, sino de una

figura épica, repleta de significados, que existe casi en el mismo nivel de la realidad que Eneas o San Jorge (...) Pero el retrato más interesante es el que nace espontáneamente en la mente de las personas. Dice Lytton Strachey que cuando fue coronada la reina Victoria, “una ola de entusiasmo recorrió al pueblo. Estaban de moda lo sentimental y lo romántico y el espectáculo de la rubia niña reina de sonrosadas mejillas, inocente y modesta, inflamó los corazones con una lealtad amorosa. Pero la mayor impresión fue el contraste entre la reina Victoria y sus tíos. Aquellos vejetes corruptos y ridículos, con su eterna carga de deudas, confusiones y mala fama, se habían evaporado como las nieves del invierno ante el arribo de una primavera real y radiante (...)

3

[El que todo mundo] concentre su atención en una personalidad simbólica es lo suficientemente excepcional como para que ser claramente notable, y todo autor tiene debilidad por algún sorprendente e incontestable ejemplo. El estudio de la guerra saca a luz tales ejemplos, pero éstos no nacen de la nada. En una vida pública normal, tales símbolos influyen en el comportamiento, pero cada símbolo resulta menos incluyente puesto que muchos otros le rivalizan (...) Pensemos, por ejemplo, en lo rápido que se desvaneció el simbolismo de la Unión Aliada después del armisticio (...) y cómo inmediatamente después se derrumbaron las imágenes simbólicas de las naciones contendientes: Gran Bretaña, defensora del derecho público; Francia, vigía en la frontera de la libertad; Estados Unidos, a la cabeza de cruzadas. Pensemos además en cómo se fue diluyendo dentro de cada nación la imagen simbólica que tenía de sí misma cuando la lucha de clases, las diferencias políticas y personales, renovaron las agendas que habían sido pospuestas [por el conflicto] (...)

Nuestra primera preocupación al tratar con ficciones y símbolos es olvidar el valor que representan para el orden social existente y ubicarlas simplemente como un componente importante de la maquinaria de la comunicación humana. Ahora

bien, en cualquier sociedad que no esté totalmente centrada en sus propios intereses y no sea tan reducida como para que cada uno de sus integrantes esté al tanto de todos los hechos, las imágenes tratan de sucesos lejanos y difíciles de comprender (...).

La única sensación que puede experimentar una persona respecto de un hecho no vivido, es el que despierta la imagen mental del mismo. Por eso es que no podemos comprender verdaderamente los actos de los demás mientras no sepamos lo que ellos creen saber (...). He visto cómo una joven fámula (...) pasaba de la total alegría a un paroxismo de tristeza cuando el viento rompió una ventana de la cocina. Durante horas estuvo desconsolada. Cuando pudo hablar, explicó que si un vidrio se rompía eso significaba que un pariente cercano había muerto. La joven lloraba a su padre (...) que por supuesto estaba bien. Pero mientras esto no se confirmó, el vidrio roto fue para la joven un mensaje auténtico.

En [este ejemplo] debemos notar (...) la inserción de un pseudoambiente entre el hombre y su ambiente real. El comportamiento responde a ese pseudoambiente, mas, como es comportamiento, las consecuencias, si son hechos, obran no en el pseudoambiente donde el comportamiento encuentra su estímulo, sino en el verdadero ambiente donde se desarrolla la acción. Si el comportamiento no es un acto práctico, sino lo que llamamos pensamiento y emoción, puede pasar mucho tiempo antes de que haya una ruptura visible en la textura del mundo ficticio. Pero cuando el estímulo del pseudohecho impacta cosas o personas, pronto surge la contradicción. Entonces uno tiene la sensación de golpearse la cabeza contra un muro de piedra, de estar aprendiendo por experiencia (...)

El verdadero ambiente es demasiado vasto, complejo y fugaz como para conocerse directamente. No estamos preparados para tratar con tanta sutileza, tanta variedad, tantas permutaciones y combinaciones. Y aunque debemos actuar en ese medio, tenemos que reconstruirlo sobre un molde más sencillo antes de poder operar sobre él (...).

4

El estudioso de la opinión pública debe comenzar por reconocer la relación triangular entre la escena de la acción, la representación humana de dicha escena y la respuesta del hombre a esa representación que se manifiesta en la escena de la acción. Vendría a ser una comedia sugerida a los actores por sus propias experiencias, pero cuya trama se desarrolla en la vida real de los actores y no sólo en sus papeles (...).

5

Una vez que se toma en cuenta la posibilidad del fraude deliberado, la ciencia política todavía debe explicar hechos tales como el de dos naciones que se agreden mutuamente, convencida cada una de que está actuando en defensa propia, o dos clases sociales que luchan entre sí, segura cada una que representa el interés común. Podríamos decir que habitan mundos diferentes, o, para ser más exactos, que viven en el mismo mundo, pero piensan y sienten en mundos diferentes (...).

Quizá debamos imaginarnos cincuenta parlamentos soberanos, formados al menos por cien cuerpos legislativos; con ellos coexisten no menos de cincuenta asambleas estatales y municipales y todos, con sus órganos ejecutivos, administrativos y legislativos, constituyen la autoridad formal sobre la Tierra. Pero esto apenas comienza a revelarnos la complejidad de la vida política, ya que en cada uno de estos incontables centros de autoridad, hay partidos que forman a su vez jerarquías arraigadas en clases, secciones, camarillas y clanes, y dentro de estas últimas categorías hay políticas individuales, cada una centro de una red de conexiones, recuerdos, temores y esperanzas.

De una u otra manera, y por razones frecuentemente oscuras, estos cuerpos políticos, tras compromisos, cabildeos y dominaciones, giran órdenes que movilizan ejércitos o pactan la paz, que reclutan vidas, cobran impuestos,

destierran y encarcelan, protegen la propiedad o la confiscan, alientan ciertas empresas, desalientan otras, facilitan o dificultan la inmigración, mejoran la comunicación o la censuran, fundan escuelas, construyen armadas, proclaman “programas políticos” y “destinos”, erigen barreras económicas, construyen o destruyen propiedades, someten un pueblo al gobierno de otro, o favorecen una clase a expensas de otra. Para cada una de estas decisiones se tiene por concluyente una cierta visión de los hechos, se acepta una cierta visión de las circunstancias como ilación y estímulo del sentimiento. ¿Cuál es esa visión de los hechos, y por qué se ha elegido precisamente ésta?

Sin embargo, ni aun esto comienza a disipar la complejidad. La estructura política antes mencionada se da en un ambiente social donde existen incontables corporaciones e instituciones (...), asociaciones voluntarias o semivoluntarias, agrupaciones nacionales, provinciales, urbanas o vecinales, que toman, la mayoría de las veces, aquellas decisiones que registra el cuerpo político. ¿Sobre qué se basan estas decisiones? (...)

6

(...) Antes de internarnos en la jungla de sombras formada por las diferencias congénitas de los hombres, haremos bien en fijar la atención en las enormes diferencias entre las concepciones humanas del mundo. No dudo que haya diferencias biológicas importantes: desde el momento en que el hombre es un animal, sería extraño que no las hubiera. Pero, como seres racionales, sería más que superficial empezar a generalizar sobre los comportamientos comparativos, mientras no haya una semejanza mensurable entre los medios a los cuales responden esos comportamientos. El valor pragmático de esta idea es el de introducir un sutil matiz en la vieja controversia entre naturaleza y desarrollo, cualidad congénita y medio ambiente, pues el pseudoambiente es un compuesto híbrido de “naturaleza humana” y “condiciones”. A mi entender, esto demuestra la inutilidad de pontificar sobre lo que es y siempre será el hombre a partir de

observar su conducta, o respecto sobre cuáles son las condiciones necesarias en la sociedad (...).

Ésta es, pues la clave de nuestra pesquisa. Supondremos que lo que hace cada hombre no se basa en el conocimiento directo y seguro, sino en las imágenes forjadas por él mismo o que le han sido proporcionadas. Si su Atlas le dice que la tierra es plana, no navegará cerca de lo que lo que suponga es el borde de nuestro planeta por miedo a caerse; si en sus mapas figura una fuente de la juventud, un Ponce de León saldrá a buscarla; si alguien desentierra un polvo amarillo que parece oro, se comportará durante un tiempo como si hubiese encontrado oro. La manera como imaginan el mundo determina en todo momento lo que harán los hombres. No determina lo que lograrán hacer: determina su esfuerzo, sus sentimientos, sus esperanzas, pero no sus éxitos y resultados. Quienes proclaman con mayor fuerza su “materialismo” y su desprecio por los “ideólogos”, los marxistas, ¿en qué colocan su esperanza? En la formación, mediante la propaganda, de un grupo con conciencia de clase. Pero, ¿qué es la propaganda, sino el esfuerzo de modificar la imagen a la cual responden los hombres, de sustituir un molde social por otro? ¿Qué es la conciencia de clases sino una manera de tomar conciencia del mundo? ¿Y qué la conciencia de especie sino un proceso de creer que reconocemos en la muchedumbre a algunos seres marcados como pertenecientes a nuestra especie? (...) ¿Resuelve el problema el decir que la conciencia del hombre es su guía? Entonces, ¿por qué tiene la conciencia peculiar que tiene? ¿El interés propio? Pero, ¿cómo conciben los hombres su propio interés en un sentido y no en otro? ¿El deseo de seguridad, de prestigio, de poder o de una vaga realización de sí mismo? Pero ¿cómo conciben los hombres su seguridad, qué consideran prestigio, cómo entienden los medios de llegar al poder y cuál es esa noción de ser que desean realizar? Placer, dolor, conciencia, adquisición, protección, incremento de valor, dominio... he ahí algunas denominaciones que sin duda, podemos dar a las maneras de comportarse de la gente. Puede que haya disposiciones instintivas que

contribuyan a esos fines, pero no basta nombrar el fin, ni describir la tendencia a obtenerlo, para explicar el comportamiento que resulta. El mero hecho de que los hombres teoricen es la prueba de que sus pseudoambientes, sus imágenes interiores del mundo, son elementos determinantes del pensamiento, el sentimiento y la acción; si la relación entre la realidad y la reacción humana fuese directa e inmediata, en cambio de indirecta y deducida, no se conocerían la indecisión y el fracaso, y (si cada uno de nosotros cupiese en el mundo tan cómodamente como el niño en la matriz) Bernard Shaw no hubiese podido decir que ningún ser humano se las arregla tan bien como una planta, salvo durante los primeros nueve meses de su vida.

La gran dificultad de adaptar el psicoanálisis al pensamiento político surge de esta relación. Los freudianos se preocupan por la inadaptación de individuos determinados frente a otros individuos y a situaciones concretas. Suponen que si los desarreglos internos se pudiesen solucionar no habría casi confusión en la relación normal y evidente. Pero la opinión pública trata con hechos indirectos, invisibles y enmarañados en los cuales nada es evidente. Las situaciones a las cuales se refiere se conocen sólo como opiniones. El psicoanalista, en cambio, pretende casi siempre que es posible conocer el ambiente y que, si no es conocible, es por lo menos soportable para cualquier inteligencia despejada. De esta suposición surge el problema de la opinión pública. En lugar de dar por bueno aquel ambiente que se conoce fácilmente, el analista social se preocupa más por estudiar la concepción de un ambiente político más amplio. El psicoanalista estudia la adaptación al elemento X, que él llama ambiente; el analista social estudia el elemento X, pero lo llama pseudoambiente.

Por supuesto que está permanentemente en deuda con la nueva psicología, no sólo por lo mucho que ayuda a la gente a desempeñarse por sí misma cuando está bien aplicada, sino porque el estudio de los sueños, la fantasía y la racionalización han aclarado el proceso de formación del pseudoambiente, pero no puede asumir como criterio suyo lo que se llama “una carrera biológica normal”

dentro del orden social existente, ni una carrera “liberada de la opresión religiosa y de las convenciones dogmáticas” fuera de ese orden. Pues, ¿qué es, para un sociólogo, una carrera social normal o una carrera libre de opresiones y convenciones? Los críticos conservadores asumen, claro está, la primera idea y, los románticos, la segunda. Pero, al asumirlas, dan por aceptado al mundo entero. Dicen, efectivamente, o bien que la sociedad corresponde a la idea que ellos se hacen de la normalidad, o bien que corresponde a la idea de libertad. Ambas ideas no son más que opiniones públicas, y mientras que el psicoanalista, como médico, puede quizá asumirlas, el sociólogo no puede tomar el producto de la opinión pública existente como criterio para estudiar la opinión pública.

7

El mundo con el cual debemos tratar políticamente se encuentra fuera del alcance de la vista y de la mente. Debe ser explorado, divulgado e imaginado. El hombre no es ningún dios aristotélico que abarca toda la vida de un vistazo, sino la criatura de una evolución, y apenas puede abarcar la porción de realidad suficiente para sobrevivir, arrebatando lo que en la escala del tiempo no son más que unos minutos de discernimiento y felicidad. Sin embargo, esta misma criatura ha inventado maneras de ver lo que es imposible ver a simple vista, de escuchar lo que ningún oído puede oír, de pesar masas inmensas o infinitesimales, de contar y separar más elementos de los que puede recordar individualmente. Está aprendiendo a ver con la mente vastos sectores del mundo que antes no podía ver, tocar, oler, oír o recordar. Poco a poco se hace una imagen mental fidedigna del mundo que no alcanza.

En general llamamos *asuntos públicos* a aquellos rasgos del mundo exterior que tienen algo que ver con el comportamiento de otros seres humanos en la medida en que ese comportamiento se cruza con el nuestro, depende de nosotros o nos resulta interesante. Las imágenes mentales de estos seres humanos, las imágenes de ellos mismos, de los demás, de sus necesidades, propósitos y

relaciones, constituyen sus opiniones públicas. Aquellas imágenes, influidas por grupos de personas o por individuos que actúan en nombre de grupos, constituyen la *Opinión Pública*, con mayúscula (...).

Sostengo que el gobierno representativo, tanto en lo que comúnmente se llama política como en la industria, no puede funcionar con éxito, cualesquiera sean las bases de la elección, si no hay una organización experta e independiente que haga inteligibles los hechos ocultos para aquellos que toman las decisiones. Por lo tanto, intento argumentar que sólo aceptando seriamente el principio de que la representación personal debe ser suplida por la representación de los hechos ocultos, se podría llegar a una descentralización satisfactoria y escaparíamos a la intolerable e inútil ficción de que cada uno de nosotros debe adquirir una opinión competente sobre todos los asuntos públicos. Mantengo que el problema de la prensa es confuso porque los críticos y apologistas esperan que ella lleve a cabo esa ficción, compensando todo lo que no estaba previsto en la teoría de la democracia, y los lectores esperan que este milagro se cumpla sin ocasionarles gasto ni molestia. Los demócratas ven en los periódicos la panacea para sus defectos, mientras que el análisis de la índole de las informaciones y del fundamento económico del periodismo parecería mostrar que los periódicos, necesaria e inevitablemente, reflejan, y, por ende, de mayor o menor manera intensifican, la organización defectuosa de la opinión pública. Concluyo que las opiniones públicas deben organizarse para la prensa, si se quiere que sean sólidas, y no ser organizadas por la prensa como ocurre actualmente. Concibo que esta organización será, en primera instancia, la tarea de una ciencia política que habrá ganado su verdadero lugar de expositora que se adelanta a la decisión efectiva, en vez de ser apologista, crítica o relatora, después de que la decisión ha sido tomada. Trato de demostrar cómo las complejidades del gobierno y la industria conspiran para dar a la ciencia política esta enorme oportunidad de enriquecerse y servir al público, y por supuesto que espero que estas páginas

ayuden a algunos a tomar más plenamente conciencia de esta oportunidad y, por lo tanto, a dedicarse a ella más profundamente.